

nojo compuesto de 40 ó 50 palillos, adquiere una cosa de gran valor haciéndose á menudo dueño de la libertad del vencido. También se usa para jugar una especie de dados: Power describe en los siguientes términos un juego de estos: los dados se fabrican con dos bellotas rajadas longitudinalmente en dos partes cada una y pintadas en su cara externa de encarnado y rojo; estos pedazos de bellota así marcados se agitan en la mano y se lanzan en una cesta ancha y plana que es una obra maestra de entrelazado cuyo valor es á menudo de 25 dollars. En este juego rara vez la ganancia excede de 10 céntimos en dinero ó equivalente á tal. Los indios liebres tienen un juego llamado *udzi* muy parecido á la *morra* italiana: consiste en adivinar en qué mano oculta el que juega algún objeto; los algonkines conocen también este juego. Otro juego se juega con palitos con anillos pintados de rojo; estos palos se envuelven en hierba y la cuestión es adivinar cuántos anillos hay debajo. Un tercer juego consiste en empujar una bola de madera por un hoyo entre dos bolos. Los yavapais, kutschanes, pahns, mandanes y otros juegan un juego en que se lanzan anillos que hay que recoger con unos palos. Sólo los yavapais tienen un juego llamado *hatvenuna*, compuesto de 40 naipes fabricados con la piel del vientre de caballo. Poole, hablando de los habitantes de las islas de la Reina Carlota, dice: «Su furor por el juego es muy superior al de todos los pueblos que conozco. Los ejercicios corporales como el pugilato y otros constituyen una costumbre y los niños se adiestran en el manejo del arco disparando contra peces y animales de paja. Entre los tschinkes existe un juego de pelota que consiste en dar golpes á ésta con palos provistos de anillos en sus extremos. Las mujeres rara vez ó nunca toman parte en los juegos de los hombres; en cambio juegan entre sí y tienen en la última tribu citada un juego especial que se juega con unos dientes de castor pintados y á guisa de dados.»

La medicina de estos pueblos está tan íntimamente enlazada con sus creencias y supersticiones que creemos natural reservar su estudio para cuando nos ocupemos de las funciones propias del sacerdote con las cuales aparece aquella estrechamente relacionada. Bástenos aquí consignar que los baños de todas clases representan un papel importante en la terapéutica de los indios. Entre los thlinkites no hay una sola casa que no tenga su choza destinada á los baños de vapor; en otras tribus levántase en el centro de la aldea una casa de baños comunal. Los nutkas no usan los baños de vapor, pero en cambio se bañan mucho al aire libre. Aun aquellos pueblos que acusan escasa limpieza así en el interior de las habitaciones como en las prendas de vestir suelen tomar todas las mañanas baños fríos, distinguiéndose bajo este concepto las tribus occidentales de la América del Norte. La sangría, el masaje y la succión de las partes enfermas son de uso general. De los arowakos y de los botokudos se refiere que para curar la pesadez de estómago se golpean unos á otros el vientre con los pies. Es también muy característica la costumbre que tienen los jíbaros que habitan en el Pintuc de promoverse cada mañana vómitos artificialmente, empleando para ello una pluma con la cual se hacen cosquillas en el paladar hasta que consiguen el deseado efecto; y hacen esto porque creen que los manjares que después de pasada la noche permanecen todavía en el estómago sin que hayan podido ser digeridos son malos para el cuerpo y han de ser, por ende, expelidos.

Ninguna población del mundo ha experimentado con el establecimiento de los europeos tan variadas y funestas modificaciones como los indios. En esto podría, quizás,

verse una prueba concluyente respecto de las dotes anímicas é intelectuales de los indios, pues es indudable que éstos constituyen hoy en día la clase de los vencidos en la porción más grande del vasto mundo occidental; pero esta prueba dista mucho de ser decisiva y por sí sola no tiene fuerza bastante. En efecto; no han sido las tribus pobres y tímidas las que más rápidamente se han fundido con los invasores, antes por el contrario se han conservado intactas, como ha acontecido con los wintunes de California, la más pobre de todas las tribus de este país, mientras que desaparecían otras mucho más orgullosas y ricas. Aquéllas, con la incorruptibilidad de vida que tan característica es en muchos órdenes inferiores de la zoología, han resistido el cambio de relaciones y ni vieron disminuir su número ni fueron arrojadas de sus tradicionales viviendas, al paso que otras tribus mejores y más valientes que cazaban en los valles y montes de California tan abundantes en caza, hace mucho tiempo que han caído en completo olvido: por lo mismo que se inclinaron ante la invasión que se les echó encima, no fueron arrancadas de raíz. Es de todo punto imposible calcular en la actualidad cuántos millones de indios han sido víctimas de la civilización; harto conocidas son las sangrientas huellas que á su paso dejaron los blancos aun en aquellos territorios cuyos habitantes les recibieron en un principio amistosamente. Dado que la población india no era, exceptuando en los terrenos de cultivo, muy densa, el número de víctimas no fué tan grande como con frecuencia se ha creído, pero de todas maneras significa una pérdida enorme el hecho de que durante los últimos 300 años haya permanecido estacionada la población india de la América del Norte. La circunstancia de ser la población india de la parte oriental de los Estados Unidos de América, conquistada á la civilización por inmigrantes germanos, unas diez veces menos numerosa, según el primer cálculo exacto que se ha hecho, que la de la parte occidental (tomando como frontera de ambas el grado 100 de longitud Oeste de Greenwich) colonizada por los españoles, unida á la de que mientras se contaban en la primera 23 millones de blancos en la última apenas había medio millón, demuestra hasta qué punto huyeron los indios de las civilizaciones superiores. Y este proceso no fué exclusivo de la América del Norte, pues cuando vemos que en Minas Geraes, residencia en otro tiempo de los tapuyas y de los tupis, sólo quedan unas pocas tribus las más de ellas compuestas únicamente de unas pocas familias y que los tupis en definitiva vencedores han quedado reducidos á algunas familias, de suerte que á lo sumo puede calcularse en 8.000 el número de indios libres de esta provincia, cuando esto vemos, decimos, no podemos menos de reconocer que también aquí ha habido un retroceso. En otros puntos de la América del Sud ha disminuído asimismo casi constantemente, según testimonio de todos los autores, el número de indios especialmente desde que las misiones avanzaron después de la guerra de la independencia. Esta disminución de población ha sido causa de que sufriera gran menoscabo el cultivo de estos territorios, lo propio que el de la Guayana venezolana y el de los territorios bajos del Amazonas.

El que estudie la mortalidad especialmente de los indios norteamericanos antes del establecimiento y avance de los blancos podrá decidir si los blancos apestaron en cierto modo el aire que los pieles rojas habían de respirar ó si propagaron miasmas cuyo solo contacto había de ser mortal para los indígenas, no habiendo faltado quien incurriera en la candidez de aceptar como buena la existencia real de este miasma particular. Sin embargo no es tan difícil de-

mostrar la realidad de algunos elementos de esta materia infecciosa impalpable en América; en efecto, no se necesita un microscopio para ver las botellas de aguardiente, los hoyos variolosos y las úlceras leprosas que tantos millares de víctimas ocasionan cada año, y la despiadada caza de tribus proscritas, á cuyos individuos se dan nombres de animales de caza (en California se les llama *buck*), pertenece á la historia que da á algunos grupos de blancos, como por ejemplo á los «paulistas» del Sud del Brasil, la triste fama de haberse distinguido notablemente en la extinción de los indios. Si examinamos más de cerca el asunto, veremos que ni siquiera con el aguardiente ni con el virus varioloso perjudica incondicional y generalmente el europeo al indio: de ello tenemos ejemplos en Méjico, en la América central y meridional y, lo que es más notable, en el Canadá, en donde no encontramos ni con mucho la rápida mortalidad de indios que en la mayor parte del territorio de los Estados Unidos se observa. La comparación de los distintos casos demuestra que á esta mortalidad contribuyen también causas de orden puramente económico. Sucede otras veces que el inmigrante europeo se encuentra con indios que dedicados á la caza ó á la pesca andan errantes de un lado á otro y sucede también que topa con agricultores sedentarios: en el primer caso han de suscitarse desde el primer momento conflictos, pues todo el que se establece en el cazadero por él escogido perjudica al hombre de la naturaleza y uno y otro son recíprocos enemigos, de modo que todo cuanto el agricultor ó ganadero consigue y crea con el sudor de su rostro es puesto en entredicho por aquellos nómadas. Por millares se cuentan los indios que vagan por los territorios fronterizos de Tejas y de Méjico y que viven exclusivamente del robo. Nada tiene, pues, de extraño que se considere proscrito al indio salvaje en los míseros oasis agrícolas de los Montes Roquizes occidentales.

En esto no influyen de una manera principal las condiciones de raza sino el antagonismo entre dos maneras de adquirir que se excluyen recíprocamente, es decir el choque de la adquisición regular con la que no obedece á regla ninguna. En Méjico, en la América del Sud y en la central encontramos indios agricultores cuyas relaciones con los europeos son muy distintas que las de aquellos otros. En las primeras décadas después del descubrimiento y conquista de sus territorios quizás los europeos les quitaron sus tierras y los redujeron á la esclavitud, pero este estado de cosas fué de muy corta duración. En Méjico hay aldeas indias tan florecientes como hubieran podido serlo allí las aldeas de los blancos: el inmigrante europeo no puede hacer allí otra cosa que comprar terreno á un indio y aventajar luego á éste en aplicación; esto no obstante, prefiere las más de las veces establecerse junto á él como comerciante, y del mismo modo que no hay aldea polaca sin un judío que es á la vez posadero, comerciante, banquero y usurero, apenas existe aldea mejicana sin un español que desempeñe un papel semejante. Si se arguyera que aquí el clima es favorable y la inmigración europea escasa y que el indio tiene más probabilidades de prosperar, podría contestarse á esto que el indio bravo, el indio salvaje vive allí con los poco enérgicos colonos en el mismo conflicto que en los Estados Unidos. También aquí hay tribus ladronas, errantes, indigentes, perseguidas y próximas á extinguirse, pero en el Canadá los indios y sus mestizos, los *bois brulés*, son el punto de apoyo indispensable para la explotación del vasto territorio de la bahía de Hudson que por la riqueza de animales de pieles casi puede competir con la Siberia. Por él circulan cazadores y tramperos indios y mestizos asalariados vestidos y alimentados por los blancos á cuyo ser-

vicio están. De modo que aquí no sólo falta el antagonismo económico sino que las dos razas se necesitan mutuamente, siendo consecuencia de ello que la raza de indios canadienses no se extingue á pesar de las malas condiciones climatológicas, antes por el contrario aumenta en los dos Canadá, como se demuestra por las estadísticas oficiales que en 1861 acusaban 13.000 y en 1875 20.000 indios en el Alto y en el Bajo Canadá. En los territorios de la bahía de Hudson la atracción gradual del indio á una vida ordenada se hizo mucho más suavemente que en los países más meridionales gracias á que el blanco le utilizó para la ocupación que mejor se avenía con su modo de ser, es decir, para la caza y á que él mismo hizo con él causa común. De otra manera no se hubiera conservado el indio tanto tiempo en estas regiones. Contribuyó también mucho á ello la Compañía que procuró se tratara con dulzura á los salvajes y prohibió la venta del aguardiente, uniéndose á la influencia del canadiense la de sus misioneros que en este país se aproximaron más á los hombres rojos que en los Estados Unidos llegando á ponerse al mismo nivel de ellos.

La diferencia social se manifiesta asimismo en aquellos puntos en que ha presidido una idea más benigna de la diversidad de razas. Con frecuencia se ha descrito el contraste que ofrecen «el injustificado lujo» de las capitales sudamericanas y la existencia vegetativa y miserable de las últimas capas sociales; también aquí los blancos y sus mestizos han acorralado á los indios en comarcas agrestes y estériles y en el Perú y en Méjico la aldea india con su población rápidamente aumentada amenaza desde la altura sana pero pobre en que está situada á la llanura mal sana y fértil que los blancos arrebataron á los indios para establecer en ella sus plantaciones. Existen tribus enteras, como la de los botokudos, cuya existencia nómada y errante por las selvas data del tiempo en que los blancos les despojaron de las tierras de cultivo por ellas roturadas. Hay, además, un hecho que aumenta el antagonismo y es el de que la hez de la población, sea cual fuere la raza ó mezcla á que pertenezca, gusta de asociarse á las últimas capas de los indios. El clero es, por regla general, para los indios el único representante de las clases mejores de los blancos, y este representante toma en la América románica un carácter cada día más marcadamente indio. Con el desalojamiento corre parejas la absorción producida por las mezclas. En América acontece en gran escala lo que en todas partes se observa en la lucha de las razas débiles con las fuertes, á saber: lucha, pérdida, mezcla y absorción; América parece preferentemente predestinada á ser el crisol en donde han de venir á confundirse todas las razas humanas. Los saltos atrás no pueden inducirnos á error sobre este particular y mucho menos el hecho con frecuencia observado de que el grado de cultura permanece estacionado mientras la sangre de razas más civilizadas hace su obra en las venas de las más inferiores. En la mayoría de los Estados de la América meridional y central el número de mestizos es mucho mayor que el de individuos de las razas puras: entre 25 millones de individuos puede decirse que hay 12 millones con la sangre mezclada (mestizos, mulatos, zambos, chinos, etc.) y de los negros que en América se encuentran apenas una cuarta parte son de pura sangre. Estos pueblos bastardos que constituyen la mayoría tienen una gran ventaja sobre las razas puras y no cabe duda alguna de que en la mayor parte de los territorios de la América central y meridional constituyen la raza del porvenir.

Dado que los negros, con muy contadas excepciones, fueron y en parte siguen siendo tenidos por esclavos y como á tales residían más cerca de los blancos, cuyos trabajado-

res eran, que de los indios, su situación no ha sido muy favorable á la mezcla y por esto los zambos, mestizos de indios y negros, aparecen pospuestos á los mulatos; esto no obstante tienen numerosa representación en aquellos puntos en que los esclavos negros fugitivos se aliaron con los indios y en unión de estos supieron conservar su libertad, como lo demuestra la historia respecto de ciertos negros de la Guayana que ya en 1760 se hicieron reconocer por la colonia de Surinam como pueblo independiente. «A consecuencia de las marcadas particularidades de los negros — dice Young — es muy notable la diferencia entre los zambos y los indios: los primeros tienen todos los matices desde el cobrizo del indio al negro del negro y su cabello es más ó menos lanoso según sean más ó menos afines de los negros.» Un estudio detallado podrá hacer ver hasta qué punto supieron conservar, colocados en circunstancias favorables, algunos rasgos etnográficos particulares.

CAPITULO III

TRAJES, ARMAS Y OTROS BIENES DE LOS INDIOS

«Por do quiera que se hallen difundidos, el metal desempeña un papel insignificante comparado con la piedra.»

**

Traje: Peinado. Tatuaje. Pintura. Deformaciones corporales. Vestido. — Industria: Labores en piedra. Edades de piedra americana y europea. Labores en obsidiana. Utensilios de conchas. Labores en metales. Falta de hierro. Alfarería. Tejidos. Entrelazados. Elaboración del cuero. Adornos de plumas. División del trabajo. — Comercio y tráfico: Medios de cambio. Indios al servicio de los blancos. Navegación. Pesca. Caza. Domesticación de animales salvajes. Los indios montados. — Agricultura: La agricultura en la América del Norte y en la del Sud. Aperos de labranza. Alimentación. Placeres. — Construcción de chozas. Choza individuales. Choza sociales. La casa larga irokesa. Situación y dimensiones de las residencias. Fortificaciones. Los *mounds*.

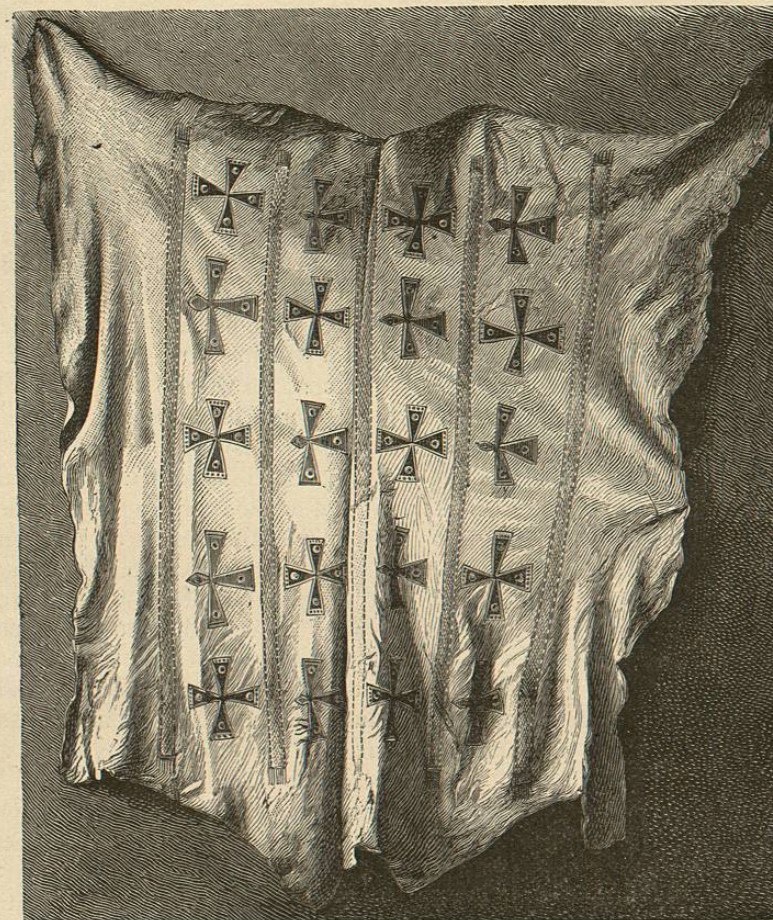
Los peinados de los indios son, por regla general, muy sencillos como acontece con todos los pueblos de rígida cabellera; los que no buscan el ideal en el negro brillante de las recias trenzas apelan más á los gorros y á las pelucas que á los peinados propiamente dichos. Los peinados en forma de rodete y de torre y los grandes peines se han conservado, lo cual es digno de notarse, entre los bonis y otras tribus compuestas de esclavos negros. En los antiguos territorios inkas, como por ejemplo en el Lago de San Pablo, las mujeres dejan caer su cabellera á ambos lados de la cabeza y se la retuercen en la parte posterior formando una larga y dura trenza al estilo de los chinos. En algunos puntos del territorio comprendido entre el Misuri y el Paraguay se llevan trenzas probablemente como imitación de la moda europea. Pero la manera más común de llevar el pelo es el que la naturaleza misma enseña, á saber recortado transversalmente sobre la frente y largo y suelto por los lados y por detrás: así lo llevan la mayoría de las mujeres, mientras que los hombres usan á menudo la trenza ó una especie de bolsa para los cabellos, como por ejemplo los tríos que retuercen su cabellera formando con ella un gran bucle que meten en un cucurucho puntiagudo tejido con lianas que les cuelga por la espalda. En otras tribus, las de los abipones y de los tobas por ejemplo, se cortaban en otro tiempo los hombres verdaderas coronillas. Entre las tribus del Occidente norteamericano, como la de los win-tunes, se forma con la cabellera una sola masa por medio

de una pasta de arcilla y goma, siendo muy posible que este procedimiento tenga por objeto una mayor limpieza. La costumbre peruana de llevar cortado el pelo de la parte delantera de la cabeza, unida al carácter religioso que en el Perú tenía este uso, adquirió grandes proporciones entre los habitantes del Chaco, en donde hombres y mujeres se arrancaban el cabello en el trozo anterior del cráneo considerando esta calvicie que denominaban *nalemra* «como el distintivo más noble y casi divino de su nación» (Dobrizhoffer). Muchos guerreros estaban obligados á afeitarse la cabeza dejándose crecer solamente un bucle; otros se hacían trenzas y los mandanes se pegaban al suyo cabello ajeno formando así largas bolsas de cabello. Pero por regla general el cabello largo y suelto es considerado como un adorno y por esta razón se corta en señal de tristeza ó de esclavitud.

La generalidad de los indios no llevan nada en la cabeza; cierto que algunos se ponen una espata de cierta palmera muy parecida á un gorro puntiagudo (véase el grabado de la pág. 24) y que Ercilla al hablar de los chilotes describe «un sombrero puntiagudo cuyo extremo caía colgante, hecho con lana rizada y adornado con tiras de varios colores;» pero ciertos gorros especiales se reservan para los caudillos y para grandes solemnidades. Entre los de los caudillos hay unos de escama de aligador que recuerdan á los de escamas de mani usados por los malayos; en el número de los mismos figuran también las formas caprichosas más notables, como la que Crevaux nos describe de los rukujennes que es una verdadera balumba de más de un metro y medio, coronada por un arco que se dirige de delante hacia atrás y aparece adornado con multitud de plumas rojas y azules provistas de elitros de escarabajo de brillo metálico, desapareciendo el sombrero mismo debajo de unas 20 cintas ó coronas encarnadas, amarillas, negras, verdes, blancas y azules puestas unas encima de otras. Por detrás cae una especie de escudo con un mosaico de plumas que representa á un hombre con los brazos y las piernas abiertas muy parecido á una rana; la confección de uno de estos adornos de baile exige más de un año de trabajo. El adorno de plumas de águila en forma de peine que usan los indios de la América del Norte y que se adhiere á un pequeño gorro de armiño, pertenece también á esta clase. Las hordas de cazadores de una misma tribu se distinguen en la América del Norte por las plumas que llevan: de águila, de búfalo ó de cuervo. Los mandanes ostentan entre sus cabellos cuchillos de madera que significan que los que los llevan han dado muerte con un cuchillo á un enemigo; llevan, además, algunos palitos con tantos clavos de latón como heridas de bala han recibido. El gorro es, á menudo, lo único que conserva su carácter nacional en aquellas comarcas en que más se ha dejado sentir la influencia de los trajes europeos y americanos sobre el antiguo traje tradicional. Wyse encontró en Tuyru algunos indios ocupados en recoger cautchú que de su antiguo y pintoresco traje de plumas de variados colores sólo conservaban un gorro de lianas y de plumas de *Urupenduos* y de guacamayo. Los hombres apenas usan el sombrero de anchas alas á pesar de lo muy práctico que es en este clima, siendo muy raros los indios que lo llevan; en cambio, con mucha frecuencia lleva el jefe de la tribu un sombrero hecho con hojas de palmera ó con otro material de casco muy pequeño y alas muy anchas. En los territorios que antiguamente sintieron la influencia española, como en Méjico, el sombrero castellano de fieltro y anchas alas está muy en uso entre los indios acomodados.

El tatuaje era practicado originariamente quizás por todo el continente, prevaleciendo para ello el procedimiento de las punciones que se hacían con huesos puntiagudos, con espinas ó con un manojo de agujas y se frotaban con negro de humo. Pero aquí, como en todas partes, hace tiempo que se nota una tendencia á hacer desaparecer esta costumbre. Esto no obstante se dice que los pomos de California llevan tatuadas figuras de animales y recientemente se ha visto que los karokes y patawates de la propia región ostentan un árbol que les cubre todo el cuerpo y algunos dibujos imitando plumas en las mejillas. En algunos casos estos dibujos cubren medio cuerpo y aun más, como acontece con los mohaves que con su extraordinario ta-

tuaje destacan entre sus vecinos que sólo se pintan; por regla general los signos tatuados en el rostro y en el cuerpo tienen, al parecer, un interés ó importancia personales. En muchas tribus del Norte de California no se tatúan el rostro más que las mujeres y las líneas y puntos trazados en la barba ó en las mejillas no tienen otra significación que la de distintivo ó distinción de tribu. Estos signos característicos trazados en sitios tan visibles tienen, al parecer, por objeto facilitar el reconocimiento de los individuos de una tribu y especialmente el rescate de las mujeres prisioneras de guerra por sus compañeros; para esto bastan pocos signos siendo un hecho verdaderamente sorprendente que estos pueblos se hayan atenido á los



Una capa de piel de los dakotas (Colección etnográfica, Stockolmo)

signos de tribu sencillos huyendo de las líneas ornamentales á que tan propenso es el tatuaje. De aquí que el tipo general de éste en California consista en líneas que partiendo del labio inferior descienden por la barba; algunos sólo ostentan una línea desde el centro de aquél á ésta y otros llevan trazadas líneas que desde los ángulos de la boca se dirigen á los lados ó hacia abajo: de esta última manera se tatúan las mujeres tinnes. La única tribu de California en que los hombres se tatúan es la de los mattoales, cuyo signo característico consiste en una mancha redonda azul en mitad de la frente. Se ha atribuido importancia religiosa ó de asociación misteriosa á un tatuaje repetidas veces descrito que llevan los hidatschas y los dakotas por ejemplo y que consiste en anchas líneas transversales trazadas en la mitad derecha del cuerpo y en el brazo y pierna derechos. Los indios hupas suelen utilizar el tatuaje como medida y para esto se dibujan diez líneas cruzadas en la parte interna del antebrazo izquierdo valiéndose de estos signos para medir las sartas de conchas-

monedas: para verificar estas mediciones sostienen con la uña del pulgar de la mano derecha un extremo de la sarta y estiran el otro á lo largo del brazo haciéndolo coincidir con las líneas transversales.

Entre las tribus selváticas sudamericanas está muy extendido un tatuaje análogo al norteamericano, que consiste en puntos marcados con espinas ó con un nervio de palmita puntiagudo: las heridas recién abiertas son frotadas con el jugo de una planta ó simplemente con ceniza tomando en seguida un color de violeta. Este procedimiento lo encontró usado todavía en 1870 Baguet entre los payaguas de Asunción en el Paraguay en donde, sin embargo, ha ido haciéndose más raro cada día. Entre las mujeres de este y de los pueblos vecinos el tatuaje tiene una significación especial: á las muchachas núbiles, es decir de ocho á nueve años, se les trazan líneas desde las sienas hasta la nariz y cuando se casan, cosa que á menudo sucede cuando han cumplido diez años, se les corta el cabello de la frente en línea horizontal, como en los hombres,